

Ciudad, Naturaleza y Política

Fernando Chueca Goitia

El hombre quiera o no quiera vive especialmente en las ciudades y en ellas pasa la mayor parte de su vida. El número de “urbanitas”, de gente que vive en las ciudades ha ido creciendo en proporciones aterradoras. Europa, que hacia 1800 tenía una población urbana que no pasaba del 3%, ha alcanzado ya el 50% y Estados Unidos en 1960 llegaba al 69,9%. Estas cifras no hacen sino crecer y pronto los campos en todo el mundo quedarán casi despoblados y quien sabe si explotados agrícolamente desde las mismas ciudades o por equipos técnicos móviles que tengan su centro operativo en las mismas ciudades. La desaparición de la civilización campesina y su sustitución absoluta por la civilización urbana es uno de los fenómenos más importantes de nuestra época.

Mientras el campo se despuebla se produce un movimiento inverso, se vuelve a él como una medida profiláctica que asegure o por lo menos tonifique la salud moral de los ciudadanos. Éstos vuelven al campo para respirar aire puro, para huir de la contaminación, del ruido, de la agitación nerviosa que producen unos desplazamientos difíciles, un trabajo alienante y déspersonalizado y las intempestivas solicitudes de la sociedad de consumo; también para huir del marco agrio y estridente donde no encuentra más que fealdad y desorden y donde no tiene lugar en qué poner los ojos con delec-

tación y reposo. Pero este hombre que vuelve al campo esporádicamente no se ha formado en él, no pertenece a él, ni es, siquiera mínimamente, heredero de una cultura campesina. Es un ser extraño que se encuentra en el campo como de visita y que acaso en su desarticulación con el medio resulta más ajeno si cabe. Ha ido al campo, no por el campo mismo, sino siguiendo un impulso negativo de odio a la ciudad. No ha buscado —entre otras cosas porque no puede— su incorporación a la vida campesina, a la que es totalmente ajeno; ha buscado un artificio evasivo para mitigar sus males como si se tratara de una cura de reposo no muy distinta de la de aquellos sanatorios, tan abundantes en la época en que la tuberculosis hacía estragos, y que sometía al hombre a una situación artificial, pues viviendo con vistas a la montaña, en la quietud obligada por las prescripciones médicas, gozando del sol y de la naturaleza, su mundo no dejaba de ser el de la sociedad urbana con sus pequeños problemas, intrigas, rencillas, maledicencias y cominerías, exacerbadas por la propia pasividad y alejamiento. Ahora también surge una nueva sociedad curiosa, que necesitará su Thomas Mann para describirla, que vive los fines de semana en “urbanizaciones”, complejos, ciudades satélites que reciben nombre como Playamar, Montesol, Mirasierra, Fuenteclara y cosas por el estilo, inventadas por los agentes publicitarios en busca

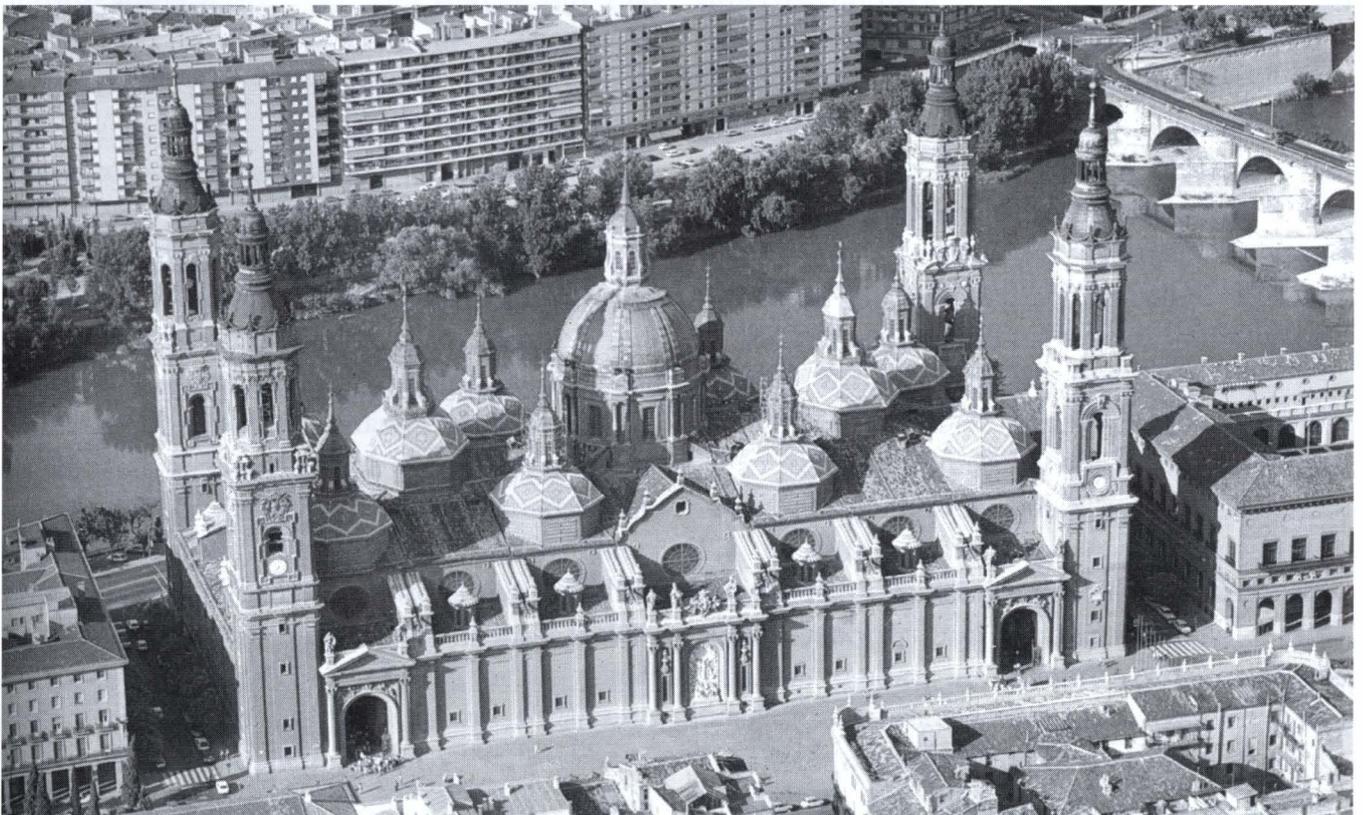
de slogans atractivos. Estos mismos agentes excitan el candor de las multitudes haciéndoles soñar con que van a ser señores feudales, virreyes de otros tiempos o por lo menos “gentlemen farmers” y al final acaban tan contentos en un chalet de cien metros cuadrados con tres pinos alrededor, un club social con una barbacoa para asar unas chuletas a la brasa y un salón rústico para jugar al mus, para engañar el tedio de unas veladas interminables. Si hay suerte una piscina o un pequeño lago artificial, dos o tres caballos famélicos y una discoteca para la juventud, aumentan las delicias de este panorama encantador.

Pero en fin, bromas aparte, el caso es que se ha constituido un híbrido campo-ciudad que no sabemos todavía como clasificar exactamente ni que implicaciones va a tener en la conducta y costumbres humanas. Posiblemente en lo que se refiere a nosotros, a lo que está pasando en nuestro país, donde su aparición como fenómeno social es muy reciente, estos lugares presentan un alto “standard” moral, diferente

por ejemplo del de las ciudades “champignon” y playas, más o menos de moda, donde el público heterogéneo de turistas y extranjeros es de costumbres más licenciosas. Más todavía por el hecho de que los individuos han perdido los nexos y controles de su lugar de residencia y viven en medio del anonimato, en lo que los sociólogos llaman la “anomia” de determinados medios, sobre todo urbanos, con población numerosa y cosmopolita.

El sociólogo tendrá que estudiar estos híbridos de campo-ciudad y la conducta de sus residentes, sus implicaciones en la moral y en la educación como consecuencia de las sociedades que allí se formen. En principio estos hombres son productos de la ciudad trasplantados periódicamente al campo donde se constituyen en sociedades –fin– de semana vinculadas por nexos más o menos azarosos e independientes, en la mayoría de los casos, de los nexos habituales que rigen la vida de estos mismos hombres en la ciudad.

Pero por el momento no creemos que estas



Zaragoza. Aragón.

migraciones esporádicas cambien el hecho de ser el hombre un producto de la cultura urbana y por lo tanto la ciudad sigue siendo el cuadro donde se desenvuelve la vida humana y son los hábitos de la ciudad los que transporta con su B.M.W. o su Land Rover al campo y no a la viceversa. Y además este cuadro es cada vez en mayor grado el cuadro de la gran ciudad, que va poco a poco devorando a la pequeña. Esto no es de hoy ni mucho menos. Ya don Antonio Ponz en su carta primera del Tomo XV del

entonces; pero el asunto es descifrar como crecen las ciudades, si en virtud de su propia felicidad, que resulta del perfecto cultivo, industria y comercio, o por la decadencia de los pueblos que hay en su jurisdicción y distrito, cuyos vecinos se ven frecuentemente en la dura precisión de abandonar sus tristes hogares para buscar el sustento en las grandes poblaciones”.

Y más adelante: “Las grandes y desmedidas poblaciones no son las que más me caen en gracia: las comparo a los grandes ejércitos, don-



El Moncayo se alza hasta 2.316 m de altitud, aquí se ve desde Vozmediano (Soria).

Viaje de España nos decía a fines del siglo XVIII hablando de Zaragoza lo siguiente: “Si el aumento de la población en las capitales de las provincias se hiciera sin disminución de sus pueblos y aldeas, antes con un respectivo aumento al de sus metrópolis, desde ahora yo podría asegurar a usted que Aragón se había aumentado extraordinariamente de diez a doce años a esta parte, que fue la última vez que estuve en Zaragoza, pues en sólo esta ciudad se calcula que hay diez o doce mil almas más que

de los combatientes suelen contarse a centenares de millares. Éstos, sin disciplina, valen poco, y las ciudades populosas sin costumbres, poquísimas. En ambos casos es embarazosa la multitud y en algunos casos muy peligrosa...a poco que se enfríe la vigilancia del Gobierno asoman las cabezas vicios a montones, la confusión, el desorden y cuanta perversidad puede imaginarse”.

Es curioso que para Ponz, Zaragoza, a fines del siglo XVIII, era ya una macrópolis erizada

de problemas que denuncia con una claridad tal, que nos parece estar oyendo a un hombre de hoy obsesionado por los vicios de las grandes ciudades, su degradación moral y sus incomodidades.

Si el hombre está encadenado a la ciudad y ella es el molde que troquela su existencia, no bastando sus evasiones campestres para condicionar su vida psíquica y moral, aunque puede mejorar sus condiciones de vida física y la de sus hijos con inyecciones de aire puro y con ciertas posibilidades para ejercicio corporal, que supongan una reserva para mejor conllevar su existencia ciudadana, recaeremos en la decisiva importancia ciudadana en nuestros días.

No vamos a abordar aquí lo que es la ciudad porque esto nos llevaría muy lejos y en diversas ocasiones ya he dado muchos vueltas al tema enfocándolo desde muy diversos puntos de vista. No olvidemos que, como dijo Walt Whitman, la ciudad es la más comprensiva de las obras del hombre y que nada que se refiera al hombre le es ajeno. Pero la primera preocupación que nos asalta es la de saber en qué medida y hasta qué punto la ciudad es obra entera-

mente del hombre y en qué planos de la acción consciente o inconsciente se ha originado la ciudad. Todo esto es enormemente problemático. Don José Ortega solía decir que “la ciudad es un ensayo de secesión que hace el hombre para vivir fuera y frente al cosmos, tomando de él porciones selectas y acotadas”. Esto parece establecer una dicotomía muy radical entre campo y ciudad, pero hay que reconocer que esa parte que se acota es previamente naturaleza y que la naturaleza sigue manteniendo su imperio. Si el espacio acotado tiene colinas como ocurre en Roma o en Madrid, si pasa por su centro un caudaloso río como en París o Londres, si el espacio está a la vera del mar, en un estuario o donde quiera que sea, la naturaleza será determinante. Y es justo que lo sea pues la ciudad será más bella, interesante e incluso agradable de vivir; en cuanto sea más fiel al emplazamiento natural en que se asiente y en cuanto que esa naturaleza, a pesar de la violencia que haga sobre ella el hombre con sus estructuras artificiales, esté más presente.

Si resulta estimulante vivir por ejemplo en San Sebastián, es porque la naturaleza está en



Puerto de la Cruz.
Tenerife



Attalos-Estoa, Atenas.

esta ciudad muy presente y la bahía de la Concha con su curva gentil, los montes Urgull y de Igueldo, que recogen la mirada, el río Urumea que presta variedad a la aglomeración urbana, siguen actuando como elementos naturales. Y que decir de esta ciudad que hoy me acoge, el Puerto de la Cruz, que no ha perdido su entrega a la naturaleza a través del mar y sus promontorios, sino que la ha elevado en rango, primor y jerarquía. San Francisco de California, la ciudad más bella de los Estados Unidos, puede resultar incómoda por sus muchas colinas y calles empinadas por donde suben y bajan los pintorescos tranvías de cables, ¿pero qué vecino de San Francisco cambiaría estos accidentes por las comodidades de una ciudad enteramente llana?. Esto prueba claramente que la ciudad es algo más que una máquina y que si los imperativos de nuestra civilización tecnológica ya hacen lo posible por maquinizar la ciudad todo lo que hagamos por contravenir esta tendencia será a la larga una forma de liberarnos de la esclavitud de la máquina, liberación que estamos dispuestos a pagar aunque tengamos que hacerlo al precio de aceptar ciertas incomodidades e inconvenientes de orden

funcional.

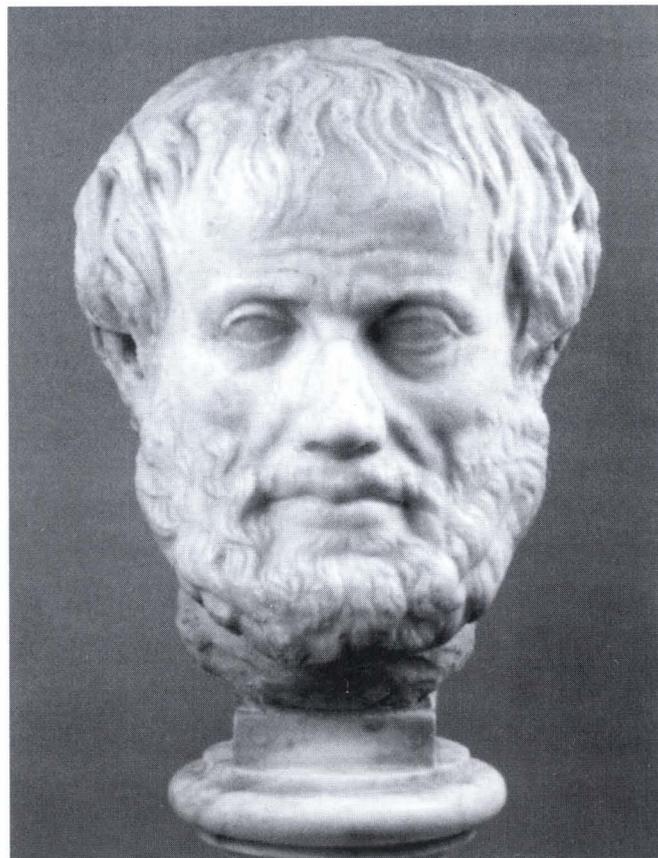
En su teoría de la ciudad Ortega se apoya en la que podríamos llamar ciudad mediterránea clásica, ciudad pública, locuaz y política. “La urbe –dice nuestro gran filósofo– es, ante todo esto: plazuela ágora, lugar para lo conversación, la disputa, la elocuencia, la política. En su rigor la urbe clásica no debería tener casas, sino sólo fachadas que son necesarias para cerrar una plaza, escena artificial que el animal político acota sobre un espacio agrícola”. Y luego afirma: “La ciudad clásica nace de un instinto opuesto al doméstico. Se edifica la casa para estar en ella; se funda la ciudad para salir de la casa y reunirse con otros que también han salido de sus casas”.

Se mueve, por tanto, Ortega dentro de la órbita de la ciudad clásica, es decir, de la ciudad política. La ciudad donde se conversa y los contactos primarios predominan sobre los secundarios. El ágora es la gran sala de reunión y sede de la tertulia ciudadana, que a la larga es la tertulia política. Qué duda cabe que este tipo de ciudad locuaz y parlera ha tenido mucho que ver con el desarrollo de la vida ciudadana, y en la medida en que esta locuacidad se pier-

de, decae el ejercicio de la ciudadanía. Por eso las ciudades de la civilización anglosajona, ciudades calladas o reservadas, tienen de vida doméstica lo que les falta de vida civil. Esta distinción entre ciudades domésticas y ciudades públicas es más profunda de lo que parece y no ha sido suficiente explayada por aquellos que se han dedicado al estudio de la ciudad. Una es ciudad de puertas adentro y otra es ciudad de puertas afuera. Aunque a primera vista resulte paradójico, la ciudad exteriorizada es mucho más opuesta al campo que la ciudad interiorizada. La cosa es obvia: para los vecinos de la primera, el verdadero hábitat es el exterior, la calle y la plaza, que, aunque no tiene techo, tiene paredes (fachadas) que la segregan del campo circundante. Sin embargo, la ciudad íntima tiene su “hábitat” en la casa, definida por techos y paredes. No necesitan segregarse del campo, ya que éste, en el fondo, es aislante que ayuda poderosamente la intimidad. Por consiguiente, la ciudad de las fachadas es mucho más urbana, si por tal se entiende una entidad opuesta al campo, que la ciudad de los interiores. Por tanto, es perfectamente comprensible que para todo hombre latinizado y mediterráneo lo esencial y definitivo de la ciudad sea la plaza y lo que ésta signifique, de modo que cuando falta no acierta a comprender que una aglomeración urbana puede llamarse ciudad.

Ya tenemos, pues, sentado que la ciudad es un hecho político y que es política, sobre todo la ciudad clásica mediterránea, locuaz y parlera. Este tipo de ciudad no es sólo un hecho político sino que es en ella donde toda política tiene su asiento, por lo que no es de extrañar que del nombre griego de ciudad, polis, haya surgido el sustantivo de política que significa la actividad o ejercicio de los hombres para gobernar y administrar la cosa pública.

Aristóteles ya definió la ciudad como “un cierto número de ciudadanos, de modo que debemos considerar a quién hay que llamar ciudadanos y quién es el ciudadano”. Llamamos,



Aristóteles. 384-322 a.C.

pues, ciudadano de una ciudad al que tiene la facultad de intervenir en las funciones deliberativa y judicial de la misma, y ciudad en general, al número total de estos ciudadanos que basta para la suficiencia de la vida”

La Polis griega es una ciudad donde se discute, se delibera, se gobierna, se administra justicia y florece la cosa pública. Llegando a una caricatura, diríamos que es una ciudad de abogados, donde lo fundamental son las estructuras públicas y lo secundario las domésticas.

El lujo ciudadano radicaba en el templo y el ágora. Con el desarrollo de la democracia en las ciudades-estado de Grecia, aparecen en ellas nuevos elementos urbanísticos, que indican una colaboración mucho más estrecha del pueblo en los asuntos de la comunidad. Aparte de los templos, que representaban para los griegos la culminación de su mundo espiritual y el orgullo mayor de su creación artística, surgen en la ciudad diversos edificios dedicados al bien público y al desarrollo de la democracia. General-

mente estos edificios se situaban en torno al ágora o plaza pública, que al principio albergaba el mercado y que luego vino a constituir el verdadero centro político de la ciudad. En torno a éste ágora se construía el *eclesiasterón* (sala para asambleas públicas), el *bouleutérion* (sala para asambleas municipales), el *prytaneion* (donde se reunía la cámara municipal). Generalmente está situada también la *stoa*, construcción alargada, que cerraba a veces uno de los costados del ágora, formada por pórticos de una o dos plantas que servían para la vida de relación y para el comercio. Aparte de estos elementos políticos —administrativos— económicos que formaban el núcleo de la ciudad, constituyendo lo que hoy llamaríamos un centro cívico, tenemos también otro factor importante dentro de la ciudad griega, que es el que correspondía a las diversiones y que dio lugar a la construcción de teatros al aire libre y estadios para los juegos olímpicos.

Como se desprende de todos estos hechos, la ciudad había pasado de ser un amasijo de viviendas humildes dominadas por el palacio templo de un rey divinizado, como en los imperios orientales, para convertirse en estructura más compleja en la que dominaban aquellos elementos que eran de disfrute general: plazas, mercados, pórticos, edificios de la administración pública, teatros, estadios, etc. En cambio, como es lógico, no aparecen en las ciudades de la democracia griega, dada su constitución política, ningún palacio abrumador que represente el poder de la autoridad de un jefe.

Demóstenes refiriéndose a los gloriosos días antiguos, dice que en la vida privada era tan ejemplar la moderación de los grandes, su apego a las viejas costumbres tan exacto y escrupuloso, que si cualquiera de vosotros descubriera la casa de Aristóteles o de Meliciades, o de cualquiera de los ilustres hombres de aquellos tiempos, se daría cuenta que ni el más mínimo esplendor la distinguía de las demás.

La ciudad de la democracia griega se apoya, por consiguiente en una exigencia moral basa-

da en la virtud o *areté* ciudadana. La riqueza y esplendor de los templos es también de índole moral. No se trata de una arquitectura enfática, abrumadora, colosalista, como la de los faraones egipcios o de los sátrapas de oriente, que elevaban sus ziggurats con un empeño tan sobrehumano, que dio lugar al mito de la torre de babel como justo castigo a la osadía de los hombres. El templo griego simboliza en cambio la pureza y el honor y el arte se convierte en el vehículo de un exigente anhelo de perfección. Todo refinamiento y todo sacrificio es poco para que resplandezca en ellos una llama espiritual capaz de purificar los sentimientos de los hombres y de unir a la emoción religiosa el encanto de una noble fruición estética, que no niega el goce de los sentidos. Se trata de un equilibrio ético-estético más difícil de conseguir de lo que parece y que en cualquier momento puede romperse.

Esta es la lección moral de la polis, la del equilibrio, la de la proporción, la del horror a la desmesura, lo que pudiéramos llamar el antibabilonismo ¡Feliz edad aquella de las ciudades que se podían abarcar con una sola mirada desde lo alto de sus acrópolis de mármol, donde el número justo de ciudadanos no debe pasar de aquella cifra que permita, según Aristóteles, que el gobernante conozca directamente a sus gobernados! Una ciudad del tamaño de Babilonia debía ser casi incomprensible para la mentalidad griega, que el mismo Aristóteles nos dice que no es ciudad todo aquello que puede encerrarse dentro de unos muros, porque a querer se podría construir un muro todo alrededor del Peloponeso. Babilonia era una aberración para el espíritu griego, una realidad inmoral que degradaba al hombre y lo aplastaba convirtiéndolo en esclavo de unos poderes absorbentes y omnímodos. Frente a la ciudad como artefacto de los poderosos, Grecia quiso erigir la ciudad como producto de una sociedad de hombres libres, una ciudad virtuosa de virtudes ciudadanas.

Junto a esta ciudad pública, en la que el tem-



Vista parcial de la Gran Atenas desde la Acrópolis. En primer término, el Teseion.

plo, ágoras, stoas, mercados y estadios eran los lugares donde se templaba la virtud ciudadana y donde se ejercitaba la salud corporal, quedaba la ciudad privada en un plano de estricta autoridad. Este era el contrapunto moral en el que se basaba la virtud de la ciudad griega, y los ciudadanos que se actualizaban y realizaban en el espacio público daban pruebas de una austeridad espartana cuando se retiraban al descanso en sus sencillas y humildes moradas. La ciudad clásica nace, como dice Ortega, de un instinto opuesto al doméstico. Por lo tanto aunque no se llegara en todos los casos al extremo de la educación colectiva y guerrera del espartano, suponemos que el niño y el joven en la ciudad clásica tendría en su educación mucho menos que ver con el medio doméstico que con el medio público, cuyas imágenes y modelos se pondrían a su vista desde su edad más precoz para hacerles partícipes de un estilo de vida del que la polis era elocuente expresión. El gimnasio luego el estadio, no sólo fortificaría su cuerpo sino le pondrían pronto ante la realidad del sesgo comunitario de su existencia y le abrirían pronto los ojos a las responsabilidades de esta existencia. Suponemos también, que en ese aspecto la ciudad griega sería una permanente escuela de conducta y una imagen plástica y vivaz, por lo tanto ejemplar y

educadora, donde transcurrían sus primeros pasos en la vida.

Hoy esto nos parece enormemente alejado, pues nuestras ciudades no suponen, en ningún caso, no sólo para el joven pero ni siquiera para el adulto, una imagen plástica educadora; no ennoblecen ni dirigen sus sentimientos hacia ningún lado y no puede el niño extraer de ellas ningún tipo de estímulos por la misma fuerza de la imagen.

Hoy que tanta importancia tiene la educación por la imagen a través de todos los medios que facilita nuestra tecnología, el fotografo y los más perfectos sistemas de impresión, el cine, la televisión, etc., la ciudad, por contraste, ha dejado de ser una imagen válida para el perfeccionamiento del espíritu y para la educación estética. Ya volveremos sobre ello.

Sin duda el exquisito equilibrio griego fue bastante efímero e incluso en los estados helénicos creció la desmesura, como una constante amenaza del mundo oriental. Se desarrolló el culto a la personalidad del poderoso y se asestó un rudo golpe a la dignidad del hombre como ser libre en un concierto de hombres libres. El Coloso de Rodas, el Mausoleo de Halicarnaso, la ciudad de Pérgamo, de Atalo I, son pruebas no obstante sus cumplidas excepciones, de esta ruptura del equilibrio.